

**ACTO DE CLAUSURA DEL CURSO 2009-2010**  
**UNIVERSIDAD DE MAYORES**  
**UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS**

**LA VIDA SECRETA DE LAS HUMANIDADES**

El hombre está postrado en la cama, herido por el fuego y por la vida. La mujer está ahí, de pie, junto a él, tras tantas heridas en el caos de la Guerra de los Balkanes. Llevan horas y horas, días y días, comunicándose la experiencia de su mutuo dolor. La mujer le cuida físicamente, es su enfermera, pero ha acabado por ser su confidente moral, su amiga. El hombre, sin embargo, es consciente de que el misterio de la mujer, su extremado cariño siempre un tanto distanciado, se le escapa. La mujer conoce este interrogante del hombre postrado en la cama, pero esconde en su más feroz intimidad su propio misterio. Las palabras que llevan tanto tiempo cruzándose, están expectantes de una definitiva transparencia, de significar lo que realmente significan. De pronto, la mujer descubre su pecho para ser mirada por el hombre, quien contempla las huellas de la tortura, de la humillación, de la feminidad agredida. El fuego en la plataforma petrolífera hirió casi de muerte al hombre, pero la mujer también mantenía hasta este momento el secreto de su cariño distanciado, su tremenda susceptibilidad ante el amor humano y masculino. Y cuando la mujer descubre su pecho y muestra las huellas de su violación a cargo de varios soldados enemigos, entonces, **en el acto de mirarla y verla y descubrirla**, el hombre se hace consciente del secreto solamente ahora desvelado. Es un instante cinematográfico sublime, cuando Isabel Coixet convierte la pantalla en la narración audiovisual de "La vida secreta de las

palabras". Ese significado que el hombre perseguía en la comunicación con la mujer. Y el hombre y la mujer se abrazan mientras lloran. Fin de la secuencia.

La imagen audiovisual se hace humanidad plena, y la explosión del siglo XXI se convierte una vez más en heredera del humanismo clásico, desde Homero hasta los príncipes del Renacimiento. Pero también hasta los poemas tan transparentes de Cavafis, el periodismo socioeconómico de Joaquín Estefanía, los dietarios exquisitos de José Carlos Llop, la actualidad icónica de Woody Allen, los lienzos perfectos de Antonio López, las aproximaciones libérrimas del cardenal Martini al misterio de Dios en Jesucristo, la música enfebrecida de Luz Casal sin olvidar la rompedora de Gustav Mahler, y en fin, tanta humanidad como anda suelta, a Dios gracias, en el pragmático reino de la Ciencia y de la Tecnología. Todo esto — este periplo del humanismo clásico— se concentra en una mirada y en un pecho desnudo y agrietado por el dolor y por la vida violada, pero una mirada sobre un pecho desnudo y agrietado que es capaz de convertir "la vida secreta de las palabras" en "la vida secreta de las Humanidades", el núcleo académico y existencial de esta Universidad de Mayores que ahora cumple nada menos que sus primeros diez años de vida, de tarea académica, pero sobre todo de experiencia humana y humanística en este Madrid abrumado de contaminación ambiental y no menos de contaminación moral.

Señores, señoras, autoridades académicas, compañeros y compañeras docentes, amigos todos, y muy especialmente, alumnos y alumnas que hoy mismo concluís vuestras tareas en esta Universidad de Mayores, promoción que corona con

satisfacción propia e institucional la primera década de esta Universidad de la Compañía de Jesús. Querido Manuel Suances, caballero ético y compañero en este momento de nuestra respectiva jubilación como profesores en este centro universitario. He querido que la memoria de esta década constituyera un cántico meditado hasta el límite de lo que define la intención académica de esta Universidad en cuanto protagonizada por unas personas que tienen suficiente experiencia existencial como para poder acceder al misterio encerrado en el conjunto de las llamadas Humanidades Clásicas y Modernas, desde la Literatura hasta los Medios de Comunicación.

Probablemente los más jóvenes de esta casa carecen de esta base sólida para comprender —en toda su complejidad y hondura— un montón de materias que vosotros y vosotras asumís con naturalidad desde ese misterio un tanto soterrado que es *sencillamente haber vivido*, y que tal vez los avatares de la vida os han tenido un tanto distantes de tal misterio por razones laborales, familiares, viajeras y tantas razones más que parecen ocultar las Humanidades bajo la nube cegadora que explota el volcán de la vida cotidiana. Lo humano y sus correspondientes Humanidades debieran de explicarse desde el comienzo de la vida universitaria, con mayor intensidad de cuanto en este momento se hace en esta España siempre alucinada por lo último en llegar, ahora por la Tecnología y por la Ciencia. Pero empezamos a percibir —no sin desconcierto— que Tecnología y Ciencia desprovistas de Humanidades se hacen instrumentos depredadores de la sociedad y del individuo: no sirven al hombre porque acaban por servir al poder fáctico, a la ambición desmedida y en fin al dogmatismo

totalitario de cualquier tipo, siempre en el recuerdo Hiroshima y Nagasaki, punto de partida científico y tecnológico del diabólico uso de la energía atómica. Este mundo nuestro tan racionalizado necesita con urgencia la distancia crítica, la fecunda relatividad del humanismo más sólido, como condición para un futuro fundado en el conocimiento emocional, en la sabiduría existenciada, en la cultivada conversación, en la convivencia solidaria con quienes componen nuestro entorno vital, incluso en una fe cristiana traspasada por el furor embellecido del Génesis y la mística deslumbrante del Cantar de los Cantares. De lo contrario, nuestra juventud y nuestra sociedad sucumbirán al pretendido criterio de *empleabilidad*, que define el recentísimo Plan Bolonia, cuando la Compañía de Jesús sabe muy bien que el criterio dominante de su actividad educativa es *la excelencia integral*, que ella misma ha conseguido convertir en slogan del conjunto de la educación en el mundo: formar hombres y mujeres para los demás desde la excelencia y desde la integralidad. Una herencia recibida desde el mismo San Ignacio y sus colaboradores redactaran las normas académicas de cualquier centro educativo jesuita bajo el nombre de *Ratio Studiorum*, es decir, "Norma de los Estudios", y que sigue en pie con las necesarias adecuaciones al momento histórico. Es decir, empleabilidad, sí, por supuesto, pero sin sustituir su fundamento humanístico por las simplificadoras leyes del mercado que hacen de los sujetos manipulables objetos.

Junto a todos vosotros y vosotras, me satisface hasta el límite, y espero que Manuel Suances se apropie mis palabras, esta celebración de una década de la Universidad de Mayores y el hecho de que una promoción de españoles y españolas

alcancen su graduación tras cinco años de esfuerzo ilusionado, siempre apoyados por el profesorado y demás responsables de esta Universidad, por cuyas limitaciones pido excusas en este momento. Es, pues, un momento de gozo fundado, precisamente en unos momentos en que España parece desgarrarse entre la necesaria esperanza y el evidente claroscuro de sus ciudadanos, desconsolados por tantos ejemplos demoledores de quienes deberían de ser los mejores referentes éticos y morales. Precisamente en tales momentos adquiere todavía más sentido la década festejada y la promoción titulada, porque ambos acontecimientos son signo y seña de que este ámbito de sabiduría humanística, que es la Universidad de Mayores, es capaz de aportar a la confusión reinante las dosis de prudencia arriesgada, de fraternidad sacrificada y de conciudadanía constitucional como servicio curativo de cara a un futuro necesariamente más prometedor. España se lo merece y también nos lo merecemos nosotros y nosotras, que tanto hemos trabajado por ella a lo largo de nuestras vidas y ahora, desde la colina de la senectud, la contemplamos como adquisición, como responsabilidad y como permanentes observadores éticos y morales de sus intenciones y de sus realizaciones. Tenemos plenísimo derecho y obligación de elevar nuestras voces críticas y siempre constructivas porque esta nación es parte de nuestras vidas. España somos nosotros y nosotras.

Volvemos a la enfermería de la plataforma petrolífera y contemplamos de nuevo al hombre postrado y a la mujer desnudado el pecho. Ellos son nosotros mismos, todos unidos en la soberana humanidad que se traduce en el dolor del mero vivir y en la esperanza de la comunicación íntima. Esa

comunicación que nos permite, que les permite, descubrir el último sentido de lo humano en las palabras y en su carga humanística. Porque esto, señoras y señores, amigos y amigas, es ser hombres y ser mujeres, en cualquier lugar pero muy especialmente en una Universidad de la Compañía de Jesús: hacernos capaces de descubrir “la vida secreta de las palabras”, que día a día intercambiamos, que es lo mismo que decir “la vida secreta de las Humanidades”, fundamento de tales palabras. Por ahí pasa la excelencia integral que soñaron nuestros antepasados. Por ahí pasa todo cuanto pretende la Universidad Pontificia Comillas, ámbito de esta Universidad de Mayores. Ojalá gocemos de tal herencia. Ahora y siempre.

Buenas tardes y muchas gracias.

Madrid 3 de junio de 2010

Norberto Alcover Ibañez sj